



Caminando con Jesús

El discipulado según el Evangelio de Marcos

Iglesia de Cristo Redentor

Buenos Aires, Argentina

Encuentro 4

Texto bíblico: Marcos 2:18–28; 7:1–23; 12:38–44

La religiosidad y el reino de Dios

Pues el reino de Dios no se trata de lo que comemos o bebemos, sino de llevar una vida de bondad, paz y alegría en el Espíritu Santo. Romanos 14:17

Jesús a lo largo de su ministerio tuvo muchos encuentros con maestros y fariseos que no aceptaban sus acciones y palabras que anunciaban el reino de Dios. Vemos que Jesús aprovecha la oportunidad para responder en sus propios términos, no para refutarlos sino para acercarlos a la realidad del reino de Dios.

El pueblo de Israel había transformado una vida de devoción a Dios en una vida religiosa a las tradiciones. Miraban la ley de Jehová como su centro espiritual y habían dejado de conocer a ese Dios amoroso por el prójimo.

El Mesías y la tradición

Una consecuencia de exaltar la tradición es no poder reconocer a Jesús como aquel donde el reino de Dios se cumple. La mera presencia de Jesús es la evidencia de que el reino de Dios es dinámico y transformador. Por ello vemos en las respuestas de Cristo, ante la oposición de su ministerio, que se identifica como el novio que ha llegado para traer alegría. Su ejemplo es escatológico, quiere que acepten el momento de celebración puesto que el tiempo de preparación ha culminado con su figura de Mesías.

Es la razón por la cual no espera que sus discípulos ayunen en su presencia, ni dejen de lado las necesidades del prójimo solo por respetar la tradición. En este sentido, que se identifique como Señor del sábado rompe con las cadenas que la religiosidad había impuesto a los humanos. Jesús irrumpe en la vida para instaurar el reino de Dios, para establecer un nuevo tiempo que requiere conversión de aquellos que creen en Él como Hijo de Dios.

La palabra de Dios y la tradición

Otra consecuencia de una vida dedicada a la tradición es dejar a un lado la palabra de Dios. Es decir, que al vivir una vida dedicada a cumplir y guardar las tradiciones definimos, posiblemente de manera inconsciente, que la tradición es mayor que las necesidades de nuestro prójimo y así ignoramos los propósitos que Dios establece para nuestras vidas. En otras palabras, nos hacemos sordos a la palabra de Dios y dependientes de las tradiciones. Pero como cristianos tenemos que decidir entre la palabra de Dios o las tradiciones humanas.

Jesús reconoce que nuestro corazón está en los asuntos de este mundo y que por eso utilizamos nuestros labios para expresar una vida devocional que no llevamos, porque fácil es expresarlo pero difícil vivirlo. Por eso Jesús quiere hacer conscientes sus corazones, que puedan ver lo que guardan en su interior y qué los contamina. Al estar más atentos a lo externo (es decir de las prácticas) solemos olvidar lo interno y admitir los caminos de oscuridad que pueden realmente hacernos impuros.

La superficialidad y el reino de Dios.

Jesús nos quiere enseñar acerca del peligro de tener una vida superficial, aquella donde solo los domingos se expresa que podemos ser un buen cristiano. Por esta razón es que nos advierte de aprender de aquellos maestros de la ley que no viven una relación íntima con Dios, sino una vida que es una mentira oculta en una espiritual. El riesgo de vivir una religiosidad de labios es endurecer nuestro corazón al punto donde olvidamos que Cristo murió por nuestras vidas.

Jesús tiene la oportunidad de mostrar en la viuda pobre una verdadera fe y confianza en Dios. La cual no buscaba el asombro de los demás, ni la aprobación de desconocidos. Jesús busca resaltar la honestidad que existe en la viuda al dar todo lo que tenía. Ninguna capa de mentira puede existir en dicha persona, solo el reflejo verdadero de amor del Padre.

Cristo vino para romper con todo aquello que nos aleja del Padre, por ello vino a destronar las tradiciones impuestas sobre el amor y la palabra de Dios. Cristo vino para quedarse en nuestros corazones y purificar nuestras vidas desde adentro. Jesús vino para darnos el ánimo de quitarnos nuestro disfraz y disfrutar revestirnos de la presencia de Cristo como la llegada del reino de Dios.

Preguntas de reflexión

¿Cómo podemos celebrar hoy la presencia de Cristo en nuestras vidas? ¿De qué manera podemos practicar el ayuno para dedicar nuestra mente y fuerzas a Cristo?

¿Dependemos mucho de las tradiciones en nuestras vidas? ¿Qué podemos hacer para discernir el señorío de Cristo en nuestro día a día?

¿Será que nuestra comunidad ha adquirido tradiciones que ponen en riesgo una relación con Dios?

¿Qué haríamos para enseñar una vida espiritual que experimenta una comunicación verdadera con Dios?

¿Qué nos exige Jesús para poder vivir una vida sincera y verdadera con el Padre?

¿Cómo podemos enfrentar en nuestro tiempo la superficialidad?

¿Reconocemos a aquellos dentro de nuestra comunidad que entregan de corazón todo lo que tienen? ¿En qué nos inspira el ejemplo de la viuda pobre?